

# La conspiración

La historia secreta  
de John y Robert Kennedy

David Talbot



CRÍTICA

DAVID TALBOT

# LA CONSPIRACIÓN

La historia secreta de John y Robert Kennedy

Traducción de  
Rosa Maria Salleras Puig

CRÍTICA  
BARCELONA

## 22 de noviembre de 1963

Igual que cualquier otro ciudadano estadounidense que vivió aquel día, Robert F. Kennedy nunca olvidaría el modo en el que se enteró de que alguien le había disparado a su hermano. El fiscal general,\* que acababa de cumplir treinta y ocho años, estaba almorzando potaje de almejas y patatas y bocadillos de atún, en compañía del fiscal federal Robert Morgenthau y su asistente, junto a la piscina de Hickory Hill, su mansión de la época de la guerra civil en McLean, Virginia, en las afueras de la capital. Era un día de otoño perfecto, el clásico viernes por la tarde, azul intenso y fresco que promete un gran fin de semana, y el rojo fuego y oro de las hojas de los nogales, los arces y los robles, apostados cual centinelas a lo largo de toda la propiedad, iluminaba el terreno verde y ondulado que rodeaba la residencia. Kennedy acababa de emerger de un baño de mediodía, y mientras hablaba y comía con los juristas invitados, su traje de baño seguía chorreando.<sup>1</sup>

Alrededor de las 13h45, el teléfono al otro extremo de la piscina empezó a sonar. La esposa de Kennedy, Ethel, cogió el aparato, y se lo pasó a su marido diciéndole que quien llamaba era J. Edgar Hoo-

\* Fiscal general: *Attorney General*, cargo gubernamental que equivale al de ministro de Justicia. Es el único cargo ministerial del gobierno de Estados Unidos que no lleva el título de «*Secretary*». Fiscal federal: *US Attorney*, máxima autoridad litigante del gobierno en su distrito. (*N. de la t.*)

ver. Bobby supo de inmediato que había ocurrido algo fuera de lo normal, puesto que el director del FBI (*Federal Bureau of Investigation*, Oficina Federal de Investigación) nunca le llamaba a su casa. Los dos hombres se profesaban un mutuo y tenso recelo que sabían que sólo desaparecería cuando uno de los dos abandonara su cargo. Cada uno de ellos representaba para el otro todo lo malo que tenía el país. «Tengo algo que anunciarle», le dijo Hoover,<sup>2</sup> «le han disparado al presidente.» La voz de Hoover era seca e indiferente. Kennedy siempre recordaría no sólo las palabras del director del FBI, sino su gélido tono.

El 22 de noviembre de 1963 «se abrió una brecha en la historia» de Estados Unidos, como escribiría el dramaturgo Tony Kushner algunos años más tarde. Sin embargo, el abismo que se abrió para Bobby en aquel momento fue el más profundo de todos, y era Hoover, entre todas las personas, quien le traía la noticia del Apocalipsis. «Creo que sintió placer al comunicarme la noticia», recordaría Kennedy.<sup>3</sup>

Veinte minutos después, Hoover llamaba otra vez y asestaba su último golpe: «El presidente ha muerto», anunció, y colgó de inmediato. Kennedy recordaría que su voz sonaba de nuevo extrañamente uniforme, «apenas menos alterada que si estuviera informando del descubrimiento de un comunista entre el profesorado de la Universidad Howard\*».<sup>4</sup>

El tono cortante de las llamadas telefónicas de Hoover confirmaba que la «perfecta comunión» entre los dos hermanos, según la descripción de Anthony Lewis del vínculo que unía a John Kennedy y a Robert Kennedy, una relación fraternal sin precedentes en la historia de la presidencia, había tocado a su fin. Transmitía además con una gran claridad que Bobby acababa de sufrir una muerte de otro tipo: su propio poder como fiscal general había empezado a desvanecerse, ya en aquel momento, hasta un punto en el cual el director del FBI ya no

\* Howard University en Washington D.C., fundada en 1867, en los años sesenta era una de las pocas universidades del Sur y cercanas a la capital que, desde su creación, admitía estudiantes negros. Su facultad de derecho impartía, desde 1938, un curso de Derechos Civiles, y el profesorado de la universidad era en su gran mayoría de raza negra, como también sus rectores desde 1926. (*N. de la t.*)

se sentía obligado a mostrar deferencia, ni siquiera la cortesía humana más habitual, hacia su superior en el Departamento de Justicia.

Durante el resto del día y de la noche, Bobby Kennedy lucharía contra su inmenso dolor, llorando, o luchando contra el llanto, puesto que ésa era la manera de actuar de los Kennedy, al mismo tiempo que utilizaba el poder que todavía le pudiera quedar, antes que la nueva administración se asentara con solidez, para intentar dilucidar lo que realmente había ocurrido en Dallas. Se pegó a los teléfonos de Hickory Hill, se reunió con una serie de personas mientras esperaba que el *Air Force One*, el avión presidencial, regresara con el cadáver de su hermano, su viuda y el nuevo presidente; acompañó a los restos de su hermano hasta el Hospital Naval de Bethesda, donde le realizaron la autopsia, y permaneció, abatido y despierto, en la Casa Blanca hasta la mañana siguiente. Iluminado por la claridad del golpe y la electricidad de la adrenalina, construyó las líneas generales del crimen.

A partir de sus llamadas telefónicas y conversaciones de aquel día, y de las que sostuvo a lo largo de la semana siguiente, nos resulta posible trazar de nuevo los caminos que Robert Kennedy siguió en su intento por desvelar el misterio. «Con esa increíble computadora que tenía por cerebro, juntó las piezas del rompecabezas de lo ocurrido aquella tarde del 22 de noviembre», observó su amigo, el periodista Jack Newfield.<sup>5</sup>

La búsqueda de la verdad acerca del crimen del siglo emprendida por Robert Kennedy ha constituido durante mucho tiempo una historia sin explicar, pero está cargada de una profunda significación histórica. La investigación de Kennedy, una odisea iniciada con un celo desesperado en los momentos inmediatamente posteriores al asesinato de su hermano, proseguida después en ráfagas intermitentes hasta su propio asesinato menos de cinco años más tarde, no consiguió llevar el caso a los tribunales. Robert Kennedy representó, no obstante, el papel del personaje central del drama, no sólo como el fiscal general de su hermano y el segundo funcionario más poderoso de la administración Kennedy, sino además en calidad de emisario de John Kennedy ante la cara más oscura del poder en Estados Unidos. Su persecución de la verdad arroja una luz fría y brillante sobre las fuerzas que, según sus sospechas, se hallaban tras el asesinato de su

hermano. Bobby Kennedy fue el primer teórico de la conspiración de asesinato del país.

Resultaba previsible que la primera llamada telefónica que Bobby realizó aquel 22 de noviembre, después de su primera conversación con Hoover, la hiciera a Kenny O'Donnell. El jefe de gabinete de John F. Kennedy había acompañado al presidente a Dallas y se encontraba junto a él en el Hospital Parkland Memorial cuando fue declarado muerto a las 14h00. A O'Donnell, un irlandés de Boston taciturno y duro, en su tarea de protección política del presidente, tan sólo le superaba el propio Bobby. Amigos íntimos desde la época en que compartían habitación en la Universidad de Harvard y jugaban en el equipo de fútbol americano de la universidad, O'Donnell era el hombre que Bobby hubiera deseado tener en la escena del crimen, al no poder estar allí él mismo. Como bombardero a bordo de un B-17, había realizado treinta misiones contra la Alemania nazi, antes de ser derribado y escapar de una prisión enemiga. En su último y legendario partido como *quarterback* («mariscal de campo») en el equipo de la Universidad de Harvard, corrió con una pierna rota llevando la pelota hasta anotar el punto que los llevaría a la victoria, en un partido contra su eterno rival, la Universidad de Yale.

Bobby se precipitó a su habitación, en el primer piso de la casa, para llamar a O'Donnell, mientras Morgenthau y su asistente fueron conducidos ante el televisor del salón de Hickory Hill. Kennedy no pudo encontrar a O'Donnell en el hospital y habló entonces con el agente del Servicio Secreto, Clint Hill, el único oficial que aquella tarde tuvo un comportamiento heroico e intentó proteger al presidente. Las imágenes de Hill corriendo y saltando en marcha sobre la parte trasera de la limusina negra del presidente se convertirían para siempre en parte de la iconografía de aquel inquietante día.

Ignoramos qué le dijo a Bobby exactamente aquella tarde el agente del Servicio Secreto, pero una oscura sombra empezó a crecer de inmediato en la mente de Hill y de O'Donnell acerca de lo que habían visto y oído en Dallas. Ninguno de los dos sería el mismo después del 22 de noviembre.

O'Donnell viajaba en el coche que seguía a la limusina de Kennedy, apenas tres metros atrás, junto a Dave Powers, otro irlandés de

Boston, ayudante de la Casa Blanca y el bufón de la corte. Fueron testigos de primera fila del asesinato. Powers explicaría más adelante que pareció como si «estuvieran dirigiéndose hacia una emboscada». <sup>6</sup> O'Donnell y más de uno de los escoltas del Servicio Secreto le dirían lo mismo aquel día: habían quedado atrapados en un fuego cruzado. Se trataba de una conspiración.

Bobby Kennedy llegó a la misma conclusión aquella misma tarde. No era «él» quien había matado a su hermano, sino «ellos», y así se lo explicó a su amigo, el portavoz del departamento de prensa del Departamento de Justicia, Edwin Guthman. El antiguo reportero del *Seattle Times*, ganador de un premio Pulitzer, y Kennedy habían entablado una gran amistad durante la década de 1950, cuando ambos participaban en la investigación sobre la corrupción y la brutalidad en el seno del sindicato de camioneros, los *Teamster*. Guthman formaba parte del «grupo de hermanos», según la descripción que haría años más tarde el fiscal general del joven e idealista equipo del Departamento de Justicia. El grito de batalla del Enrique V de Shakespeare imbuía a Bobby de la sensación de tener una misión heroica:

Nosotros pocos, felices pocos, nosotros, grupo de hermanos;  
pues el que hoy vierta conmigo su sangre  
será mi hermano...

Y muchos caballeros de Inglaterra, que ahora están en la cama,  
se considerarán malditos por no haber estado aquí. <sup>7</sup>

Si la comunión perfecta entre Jack y Bobby configuraba el núcleo central de la administración Kennedy, la sangre y la fuerza de la Nueva Frontera las aportaba el más amplio círculo de hermanos, todos dedicados en cuerpo y alma a la causa Kennedy. Bobby se dirigiría con discreción a varios de estos colaboradores suyos de confianza en su búsqueda de la verdad.

Guthman estaba almorzando con un congresista de Seattle en Capitol Hill cuando alguien llegó corriendo a anunciarle que habían disparado al presidente. Se dirigió de inmediato a Hickory Hill donde pasó el resto de la tarde con Bobby. En aquel momento, los miembros de la familia Kennedy ya se estaban reuniendo en la finca de Vir-

ginia, pero Bobby se estaba rodeando de los «hermanos» como Guthman. Los dos hombres pasearon sin cesar, arriba y abajo, sobre el césped del jardín. «Existe tal grado de rencor que yo creí que se volverían contra uno de nosotros, aunque Jack, después de todo por lo que ya había pasado, nunca se preocupara por eso», le confió Kennedy a Guthman.<sup>8</sup>

«Bob dijo: “Creí que irían por mí, y no por el presidente”», explicaba Guthman, recordando la conversación de años antes. «Se refirió muy claramente a “ellos”».<sup>9</sup>

Guthman y algunos otros de los que rodeaban a Bobby aquel día estaban convencidos de que «ellos» irían ahora por el Kennedy más joven, y a juzgar por todas las apariencias, Bobby también lo creía. Robert Kennedy, por norma general, se oponía a las severas medidas de seguridad, según él, muy molestas y, tal vez incluso, un signo de cobardía; el fiscal general que perseguía el crimen había expresado en una ocasión que «los Kennedy no necesitan guardaespaldas», aun habiendo recibido amenazas de muerte. Sin embargo, aquella tarde, Kennedy permitió a la policía del condado de Fairfax, que se había precipitado a Hickory Hill tras el asesinato a pesar de no haber sido llamados, que protegiera su casa. Más tarde, la policía sería sustituida por los *Federal Marshals*, la policía judicial, que rodearon la propiedad de Kennedy después que Guthman y otros colaboradores de Robert Kennedy hablaran con su director, Jim McShane.<sup>10</sup>

Bobby confiaba en McShane y sus hombres. James Joseph Patrick McShane era un policía de origen irlandés curtido en las calles de Nueva York. Había trabajado primero junto a Bobby como investigador en el comité del Senado para el crimen organizado a finales de la década de 1950, y en calidad de guardaespaldas de John Kennedy durante la campaña presidencial. Él y sus hombres habían arriesgado la vida en las batallas por los derechos civiles en el Sur y habían salvado a Martin Luther King Jr. de una masa enfurecida que había rodeado una iglesia en Montgomery, Alabama, donde King estaba predicando en mayo de 1961. Al año siguiente, McShane y sus tropas se habían enfrentado a la chusma, formando una débil y ensangrentada línea de defensa alrededor de James Meredith, el estudiante negro que, al matricularse en la Universidad de Missisipi,

había provocado el levantamiento de los blancos que causó unos feroces disturbios. McShane tenía la constitución «de un tanque, la nariz aplastada del campeón de boxeo que había sido, y la cara hinchada de un hombre a quien le gusta beber en sus ratos de ocio», observaba un cronista de sus hazañas.<sup>11</sup> Como policía de Nueva York, había sobrevivido a siete tiroteos callejeros y recibido una condecoración, la medalla de honor del departamento de policía de la ciudad de Nueva York.

Resulta significativo que Bobby, al sentirse atemorizado, acudiera a McShane y su grupo de federales irregulares, y no a los hombres más profesionales de Hoover. Incluso en vida de su hermano, Bobby había aprendido que, en las más peligrosas confrontaciones de la administración, por ejemplo las que ocurrían en el Sur, no se podía confiar en los hombres de Hoover. Tampoco pidió la ayuda del Servicio Secreto aquel día, puesto que en aquel momento ya intentaba imaginar por qué la agencia a la que se le había confiado la seguridad personal del presidente le había fallado a su hermano.

Los Kennedy, jóvenes, ambiciosos e imbuidos de un profundo sentido del derecho de su familia a gobernar, habían asumido sus cargos confiando poder tomar las riendas del gobierno federal y ponerlo al servicio de su causa, pero el 22 de noviembre, Bobby Kennedy sospechó de inmediato que algo había saltado por los aires en el seno del gobierno y que su hermano había caído muerto, víctima de alguna afilada esquirla. En estas horas de peligro desconocido, Bobby siguió sus atávicos instintos tribales, y no se dirigió a las agencias gubernamentales apropiadas, sino al bien trabado grupo de hermanos en quien los Kennedy siempre habían depositado su mayor confianza. Ninguno de los hombres inmensamente leales reunidos alrededor de Kennedy en su casa aquel día sabía si la vida de Bobby corría ahora peligro, tampoco podían estar seguros en estos terribles momentos de qué dirección podría proceder la amenaza ni en quién podían confiar, pero estaban seguros de que podían contar con Jim McShane y sus hombres para dar sus vidas por el Kennedy superviviente, porque él era uno de ellos.

Mientras los *marshals* de McShane se apostaban frente a la puerta principal de Hickory Hill y se desplegaban a lo largo del perímetro

de la finca, Bobby intentaba ponerle caras a la conspiración, intentaba descubrir quiénes eran «ellos». Nadie conocía mejor que él las oscuras tensiones existentes en el seno de la administración Kennedy. El presidente Kennedy, en su pugna por mantener el mando de su gobierno, en la que se enfrentaba a la línea dura de su burocracia de seguridad nacional, le había conferido una responsabilidad cada vez mayor a su hermano Bobby. Entre los asuntos que tratar por la repleta cartera del fiscal general, se encontraban la CIA, que los Kennedy, después del desastre de la Bahía de Cochinos al que les condujo, tenían la intención de reestructurar; la mafia, a la que Bobby había declarado la guerra, diciéndoles a sus compañeros cruzados del Departamento de Justicia que, o vencían, o los criminales gobernarían el país; y Cuba, la isla nación alrededor de la cual arreciaban tanto ruido y tanta furia de la guerra fría. En cuanto a la política de la administración respecto a Cuba, Bobby era «el presidente», según opinaría posteriormente el general Alexander Haig, el abanderado del tema cubano en el Pentágono.<sup>12</sup>

La CIA, la mafia y Cuba; Bobby sabía que estaban vinculadas. La CIA había formado una siniestra alianza con los capitostes de los bajos fondos para asesinar a Fidel Castro, trabajando junto a líderes exiliados cubanos vinculados al hampa. Bobby creía haber impedido la fusión entre la CIA y la mafia cuando la agencia, por fin, le informó de esta asociación en mayo de 1962, aunque también sabía que la agencia solía desafiar a la autoridad superior. Más tarde, calificaría de «virtual traición» las acciones de la CIA durante el episodio de la Bahía de Cochinos. La tarde del 22 de noviembre Kennedy centró de inmediato su atención en este turbio nexo, CIA, mafia y exiliados cubanos.

Tras telefonar a Dallas, Kennedy llamó al cuartel general de la CIA, situado junto a la carretera, en Langley, Virginia, el lugar donde solía iniciar su jornada de trabajo, haciendo una parada para trabajar en asuntos relacionados con Cuba e intentar asumir el control sobre la «selva de espejos» de la agencia en nombre de su hermano. La llamada de Bobby a Langley en la tarde del 22 de noviembre fue un arrebato inaudito.<sup>13</sup> Kennedy consiguió que un alto funcionario, cuya identidad seguimos ignorando, se pusiera al teléfono y se enfrentó a

él con voz en la que vibraban el dolor y la furia: «¿Ha tenido vuestro tinglado algo que ver con este horror?», estalló Kennedy. Fuera lo que fuese lo que el anónimo funcionario de la CIA le dijera a Bobby aquella tarde, no consiguió desterrar las sospechas que el fiscal albergaba sobre la agencia.

Aquel mismo día, Kennedy trasladaría su pregunta a lo más alto de la CIA. John McCone, el director de la agencia, estaba almorzando en su oficina de Langley cuando su ayudante, Walter Elder, irrumpió bruscamente y le informó de lo ocurrido en Dallas. McCone llamó de inmediato a Bobby, quien le ordenó acercarse con urgencia a la casa de McLean. McCone recordaría más tarde que, en el momento en el que Kennedy recibió la llamada que le informaba de que su hermano había muerto, se encontraba junto a Bobby y Ethel en la biblioteca del segundo piso de la casa. «No pudimos decirnos casi nada», recordaba McCone, «de lo sobrecogidos que nos quedamos ante el horror de lo ocurrido.»<sup>14</sup>

Después de llamar a su madre, Rose, y a su hermano Ted y decirles que Jack había fallecido, un Bobby «de acero» (en palabras de McCone) salió al jardín con el jefe de la CIA e inició una extraordinaria conversación que se prolongaría, de forma intermitente, durante tres horas de aquella tarde. El fiscal general de Estados Unidos quería saber si la agencia de inteligencia del país había asesinado al presidente de Estados Unidos. Bobby le explicaría más tarde a un amigo cercano, «Sabes, al preguntarle a McCone... si ellos habían matado a mi hermano, lo hice de una forma en que no podía mentirme; ellos no lo hicieron».<sup>15</sup>

Las observaciones de Bobby referentes a su conversación con McCone han dado origen a una intensa especulación. McCone, católico igual que él, compartía una profunda fe con Bobby, y también con Ethel, y ambos le habían consolado tras la muerte de su primera esposa. En una ocasión, se llevó a Roma un rosario que solía guardar en la cartera y que le reconfortaba, hizo hacer una copia que fue bendecida por el Papa y se la regaló a Bobby.<sup>16</sup> Tal vez Kennedy le hiciera jurar a McCone que le diría la verdad, de un devoto católico a otro.

En los días posteriores al asesinato, McCone llegaría a la conclusión de que actuaron dos tiradores en Dallas, un sorprendente con-

traste con la versión oficial del crimen, según la cual el atentado había sido obra de un pistolero solitario, versión que estaba siendo intensamente promovida por Hoover y el FBI; ahora bien, no existe ninguna prueba de que llegara a sospechar de su propia agencia.<sup>17</sup>

Bobby aceptó las garantías de McCone sobre la CIA aquella tarde, pero también sabía que McCone, un republicano y acaudalado hombre de negocios de California que carecía de cualquier experiencia previa en inteligencia, no tenía un firme control de su propia agencia. El propio Kennedy sabía más acerca de las siniestras hazañas del montaje de los espías, entre ellos los complots de la mafia, de lo que sabía McCone. Su hermano había sustituido al legendario creador de la agencia, Allen Dulles, por McCone después del espectacular fracaso de la agencia en la Bahía de Cochinos. McCone nunca consiguió integrarse del todo en la red de antiguas glorias de la agencia, una red que se remontaba a sus orígenes en la OSS (*Office of Strategic Services*, Oficina de Servicios Estratégicos) durante la segunda guerra mundial. Por otra parte, parecía que, en cierto modo, prefería ignorar los asuntos más desagradables, y que sus principios religiosos no podrían tolerar algunas de las artes de magia negra de la agencia. Bobby no tardaría en darse cuenta de que, aunque hubiera llevado la pregunta a la cúpula de la agencia, le había preguntado al hombre equivocado.

Kennedy también investigó a la mafia aquel día. El joven fiscal general se había construido su reputación, antes y después de llegar al Departamento de Justicia, gracias a su implacable cruzada para aplastar el poder del crimen organizado en Estados Unidos, que, en su opinión, amenazaba con tomar el control de la economía del país a través de los sindicatos corruptos como el de los *Teamster* (sindicato de camioneros) de Jimmy Hoffa, y de los gobiernos locales, estatales y federales, cuyos políticos, jueces y funcionarios electos aceptaban sobornos. Mientras que Hoover centraba su atención en el caparazón vacío del Partido Comunista de Estados Unidos, al que consideraba el enemigo público número uno, Robert Kennedy estaba convencido de que el auténtico «enemigo interno» lo constituía un bajo fondo corporativo que estaba consiguiendo el poder de eclipsar las instituciones legítimas y democráticas del país. «Por supuesto, ahora corren

tiempos diferentes, tal vez hoy en día el terrorismo sea una amenaza mucho mayor que el crimen organizado», manifestaba Guthman recientemente, sentado en su abarrotada oficina de la facultad de periodismo de la Universidad del Sur de California en Annenberg, donde todavía imparte clases. «Pero si observamos lo ocurrido en América Central y del Sur, podemos ver que Bobby tenía razón al sentirse preocupado acerca de la posibilidad de que el crimen organizado se hiciera con el poder en nuestro país. ¿Dónde estaríamos ahora si él no hubiera reconocido el poder y la importancia de la mafia y de las organizaciones criminales? Y en aquel momento, el director del FBI, Hoover, afirmaba que el crimen organizado no existía.»<sup>18</sup>

Al perseguir a los dioses del hampa de un modo que ningún otro fiscal general había hecho antes, Bobby Kennedy era consciente de que éstos descargarían sobre él su cólera más incendiaria. Conocía las amenazas de muerte proferidas por Hoffa, cuyo control sobre el próspero fondo de pensiones de los *Teamster* le había convertido en el banquero favorito de la mafia, pero no se dejó intimidar. El día 22 de noviembre, el último punto de su agenda, antes de descansar para almorzar había tratado del procesamiento del padrino de Chicago Sam Giancana, acusado de corrupción política. Antes de recibir la llamada de Hoover, estaba esperando noticias desde Nueva Orleans del veredicto en el juicio de deportación contra el señor de la mafia, Carlos Marcello, mientras en Nashville, Walter Sheridan, el investigador estrella que dirigía el pelotón «capturar a Hoffa» de Bobby, realizaba un seguimiento del desarrollo del caso del Departamento de Justicia contra el mandamás de los *Teamster* acusado de manipulación del jurado.

Al atardecer del 22 de noviembre, Bobby telefoneó a Julius Draznin en Chicago, un experto en corrupción sindical del Consejo Nacional de Relaciones Sindicales. Le pidió a Draznin que investigara si la mafia estaba involucrada de algún modo en el asesinato de su hermano. Draznin sabía que eso significaba Sam Giancana, al que se le había oído, en las grabaciones de escucha del FBI, echar pestes contra Kennedy, quien, según él, y tras afirmar que le había conseguido los votos de Chicago en las elecciones de 1960, «le había traicionado». «Necesitamos ayuda en esto», le dijo Bobby a Draznin aquella tarde,

«tal vez usted pueda abrirnos algunas puertas en los bajos fondos. Cualquier cosa que averigüe, hágamelo saber a mí en persona.»<sup>19</sup>

No obstante, el hombre en quien más confiaba Robert Kennedy, más que en cualquier otro, para rastrear los rincones más tenebrosos del país, era Walter Sheridan. Un antiguo agente del FBI que había dejado la organización asqueado por los métodos de Hoover, y que había demostrado su valía de investigador junto a Bobby en el comité del Senado para el crimen organizado, donde Kennedy trabajaba como principal consejero legal. Católico irlandés igual que Bobby, y nacido el mismo día que él, el 20 de noviembre de 1925, era igual de intrépido que su jefe en la cruzada contra el crimen y la corrupción. Cuando el Departamento de Justicia de Kennedy empezó a intensificar la lucha contra Hoffa, las amenazas de muerte ya no se dirigían sólo contra Bobby, sino también contra Sheridan, su mano derecha. En estas ocasiones, el hogar de la familia Sheridan se transformaba en un búnker armado.

«Había algunas veces en que la casa se llenaba de *marshals* federales, que amontonaban una gran cantidad de armas detrás de la puerta de entrada, parecía que estuvieran esperando a todo un ejército», recuerda el hijo de Sheridan, Walter Jr. «Escopetas. Esperaban problemas. Los *marshals* federales me acompañaban a la escuela, a las prácticas de coro y a las reuniones de monaguillos, no podíamos salir de casa sin ellos. Ocurrió en dos ocasiones, coincidiendo con el juicio de Hoffa.»<sup>20</sup>

Ted Kennedy recordaría más tarde: «A mi hermano le encantaba tomarle el pelo a Walter acerca de su comportamiento moderado y su carácter silencioso, pero, como Bobby escribiría en [su libro sobre la mafia] *El enemigo en casa*, la apariencia angelical de Walter ocultaba un núcleo duro. Cualquier malhechor sabía que esta cualidad angelical también representaba al ángel vengador».

Bobby, al incendiarse el mundo a su alrededor, acudió a Sheridan, explicó Ted Kennedy. «Uno quería tener a Walter junto a sí en cualquier ratonera, por este motivo siempre parecía recibir las tareas más difíciles.»<sup>21</sup>

Sheridan no estaba en Washington el 22 de noviembre, sino que aguardaba en un edificio del tribunal federal de Nashville, donde

Hoffa esperaba ser juzgado; un colaborador suyo entró corriendo y le dijo «¡Walt, acaban de pasar un boletín informativo urgente que dice que han tiroteado al presidente en Dallas!»<sup>22</sup> Sheridan telefoneó de inmediato a Bobby, pero no consiguió hablar con él. Sin embargo, los dos compañeros de armas no tardarían en establecer contacto, y cuando Sheridan regresó a la costa este, el ángel vengador de Bobby recibiría la tarea más difícil de su vida: descubrir quién había asesinado al presidente de Estados Unidos.

Robert Kennedy mantuvo otra conversación telefónica el 22 de noviembre que arroja algo de luz sobre lo que debió de pasar por su mente aquella tarde. Habló con Enrique «Harry» Ruiz-Williams, un excombatiente de la Bahía de Cochinos y su colaborador más cercano en la comunidad de exiliados cubanos. Kennedy dejó a su amigo boquiabierto, le espetó a bocajarro: «¡Ha sido uno de los tuyos!».<sup>23</sup>

El venerable periodista de Washington, Haynes Johnson, constituye la fuente de esta historia. En aquel momento, un joven reportero del *Washington Evening Star*, Johnson, que quería escribir un libro sobre la Bahía de Cochinos, conoció a Ruiz-Williams y a Kennedy en el transcurso de su investigación. Johnson recuerda que Bobby y él casi llegaron a las manos, puesto que el fiscal quería que el libro se centrara en los héroes cubanos de la invasión como Ruiz-Williams y no en las controvertidas actuaciones de la administración Kennedy durante la malograda operación. «Mantuvimos una conversación muy difícil una tarde en el Metropolitan Club de Nueva York», recuerda Johnson, sentado en el estudio del sótano de su casa de Washington. «Su mirada se endureció y no quería darme ninguna información; yo le solté algo parecido a “Yo estaré por aquí mucho más tiempo que usted y su hermano” y él se enfureció.» Esta observación resulta mucho más inquietante ahora de lo que debió parecer entonces. «En aquella época yo era joven, incauto y arrogante», explica el periodista, encogiéndose de hombros. Johnson se levantó, furioso, para marcharse del club, pero Bobby se puso en pie, le cogió por los hombros y le pidió «No se vaya, no se vaya». Fue el principio de una cálida relación entre los dos hombres, el tipo de amistad que Bobby tenía la costumbre de formar después de casi pelearse a golpes con alguien.

«Era una especie de cura párroco apasionado, del tipo vengador, todo él fe y justicia», dijo Johnson. «Por otra parte, siempre consideré a Jack algo más parecido a un lord inglés.»<sup>24</sup>

Al mediodía del 22 de noviembre, Johnson había planeado celebrar que había terminado su libro almorzando en compañía de Ruiz-Williams, uno de sus principales informadores. Por el camino hacia el Hotel Ebbitt, un insulso establecimiento en el centro de Washington donde la CIA alojaba a los líderes antiscaristas como Ruiz-Williams, Johnson oyó las noticias de Dallas en la radio de su coche. Tan pronto Johnson llegó a la habitación incómoda y apenas amueblada de Ruiz-Williams, telefonearon a Kennedy. Ruiz-Williams fue quien habló con él, «Harry se quedó ahí, de pie, el teléfono en la mano y me dijo lo que Bobby le había dicho... Fue sobrecogedor, nunca lo olvidaré, la cara que puso Harry. Después de colgar, Harry me repitió las palabras de Bobby: "¡Ha sido uno de los tuyos!"».<sup>25</sup>

¿Qué quería decir Kennedy con eso? La primera vez que describió esta conversación telefónica, en un artículo del año 1981 publicado en el *Washington Post*, Johnson supuso que Bobby se refería al presunto asesino, Lee Harvey Oswald, cuyo nombre Bobby ya podría haber conocido en aquel momento, puesto que Oswald había sido arrestado en Dallas a las 14h50, hora del este. Más tarde, Johnson concluiría que Kennedy estaba señalando, sin duda, en la dirección general de los exiliados cubanos. En ambos casos, resulta importante observar que Kennedy, aquella tarde, en apariencia, nunca llegó a la conclusión de que Fidel Castro, el objetivo de muchas de las intrigas estadounidenses, se hallara tras la muerte de su hermano. Las sospechas de Bobby se dirigieron de inmediato al campo de los antiscaristas, y no hacia los agentes pro Castro. Parece ser que Bobby, o bien vinculó de inmediato a Oswald con los exiliados cubanos antiscaristas, o bien sospechó que alguno de los compañeros exiliados cubanos de Ruiz-Williams estaba involucrado en el crimen.

Bobby llegó a esta conclusión a pesar de los denodados esfuerzos de la CIA y del FBI, que casi inmediatamente después del asesinato empezaron a intentar inculpar al gobierno comunista de Cuba. El mismo Hoover telefoneó a Kennedy una vez más, alrededor de las cuatro de la tarde, para informarle que Oswald había viajado a Cuba,

algo que no era cierto.<sup>26</sup> En realidad, Oswald, o alguien que se hizo pasar por él, había intentado, en una sola ocasión, y sin lograrlo, entrar en Cuba desde México a principios de aquel otoño. En cualquier caso, el director del FBI no consiguió convencer a Bobby de que el presunto asesino era un agente de Castro.

La extraordinaria afirmación de Kennedy no pretendía de ninguna manera implicar a Ruiz-Williams. El mundo de los exiliados cubanos era «un nido de serpientes», en palabras de Johnson, de conspiradores anti-Castro que competían entre ellos, algunos de ellos alineados con los Kennedy, algunos con la CIA, algunos con la mafia, y algunos más comprometidos en variadas o extrañas lealtades. Bobby confiaba en que Ruiz-Williams, más que cualquier otro dirigente anticastrista, pudiera poner un poco de orden en este exaltado mundo. «Quiero que asumas el mando de todo ello», le había dicho Bobby a Ruiz-Williams a principios de 1963. «No quiero ver a más cubanos a menos que vengan a través de ti, porque me vuelven loco.»<sup>27</sup> A lo largo de todo el año, Ruiz-Williams mantuvo un contacto casi diario con Kennedy, al mismo tiempo que ambos planeaban maneras de derrocar a Castro, y que Robert F. Kennedy respaldaba los esfuerzos de su amigo por formar una coalición de los dirigentes exiliados más responsables.

Ruiz-Williams se había granjeado la amistad de Bobby. Un ingeniero de minas formado en Estados Unidos, se había unido a la Brigada de la Bahía de Cochinos aunque tuviera ya casi cuarenta años, bastante más que la mayoría de los otros voluntarios. Tras la invasión, y mientras yacía malherido en un hospital de campaña improvisado, aún intentó dispararle a Castro, que realizaba una visita, con su revólver calibre 45, pero el arma estaba descargada. A pesar del mal trago pasado, Ruiz-Williams salió de la prisión cubana con un sentido de la medida, a diferencia de la mayoría de los otros participantes en la operación de la Bahía de Cochinos, consumidos por un odio venenoso hacia Castro y hacia el presidente Kennedy, a quien le criticaban no haber acudido en su ayuda en las playas de Cuba. Bobby le cayó bien desde el primer momento en que le conoció, cuando el fiscal general le invitó a su despacho tras su liberación. «Imaginaba que iba a reunirme con un tío de esos que impresionan, bien vestido, con un

gran despacho y todo eso», le explicaría Ruiz-Williams a Johnson más tarde, «y al entrar en su despacho, me encuentro a un hombre joven sin chaqueta, que lleva la camisa arremangada, el cuello abierto y la corbata colgando. Me mira directo a los ojos y su despacho está lleno de cosas hechas por niños pequeños, dibujos y cosas por el estilo. Me cayó bien de inmediato.»<sup>28</sup>

El sentimiento fue recíproco. Bobby invitó a Harry a Hickory Hill y le invitó a acompañarle a esquiar en sus vacaciones familiares. «Harry parecía un bucanero al estilo antiguo», recordaba Johnson, «tenía esos brillantes ojos negros y aquella pasión. Y a Bob Kennedy le gustaba, y confiaba en él implícitamente.»<sup>29</sup>

Los otros exiliados cubanos eran harina de otro costal y Bobby, el siempre vigilante guardián de su hermano, sabía que debía controlarlos. Envió a Harry a Miami para colaborar en la seguridad de John F. Kennedy antes del viaje del presidente a Florida en noviembre de 1963, después que el fiscal general fuera informado de las amenazas de muerte contra su hermano en ese estado.<sup>30</sup> Pese a que la ciudad había ofrecido a los demócratas seiscientos mil dólares, la administración había descartado a Miami como el lugar donde celebrar la convención de 1964, porque se temía que el sentimiento anti-Kennedy entre los cubanos de Miami pudiera dar lugar a un estallido.<sup>31</sup>

Otro excombatiente de la Bahía de Cochinos, Angelo Murgado, manifestó estar tan alarmado por los comentarios asesinos dirigidos contra el presidente Kennedy entre la comunidad de exiliados cubanos en Miami, que contactó a Bobby a través de líder anticastrista Manuel Artime y le ofreció mantener una vigilancia sobre los elementos más peligrosos e informar al fiscal general. Murgado explicaba que él, Artime, el líder político de la Brigada de Bahía de Cochinos, y Manuel Rebozo, un excombatiente de la Brigada, se reunieron con Bobby en la mansión de los Kennedy de Palm Beach, en Florida, en el año 1963, y le comunicaron sus preocupaciones. «Yo opinaba que teníamos que controlar y mantener la vigilancia sobre nuestros cubanos, los cubanos que odiaban a Kennedy», recuerda Murgado. «Tenía miedo de que uno de nuestros chicos se volviera loco. Bobby nos dijo que preparásemos un plan y que lo pusiéramos en marcha... Era un fanático de su hermano, haría cualquiera cosa por protegerle.»<sup>32</sup>

Pocos meses después que los Kennedy asumieran sus nuevos cargos en Washington, el *New York Times Magazine* publicó un perfil de Bobby que lo describía rondando «los límites más amplios de la administración de su hermano... como un perro pastor galés, e igual de ágil y rápido en las labores de protección».<sup>33</sup>

Ahora su hermano había muerto. Y el aluvión de llamadas telefónicas y de conversaciones del 22 de noviembre deja ver con claridad dónde buscaba Bobby a sus culpables, en aquellos rincones de la administración que habían sido «su» responsabilidad: la CIA, la mafia y Cuba.

Bobby Kennedy le dijo a su compañero de armas, Harry Ruiz-Williams, «¡Ha sido uno de los tuyos!», aunque igual podía haber dicho «Ha sido uno de los nuestros» o «Ha sido uno de los míos». Lo que Bobby estaba diciendo era que su hermano había sido asesinado por alguien en el interior de su propia operación anti-Castro, o por alguien sospechoso, perteneciente al mundo de los exiliados anticastrotristas a quien deberían haber estado vigilando. Él debería haberlo sabido y controlado, así trabajaba la mente de Bobby. De su cuello colgaba una medalla de san Miguel, el símbolo del recto poder. Se suponía que él, Bobby, debía haber sabido de dónde procedían las sombras, y cómo mantener a su hermano a salvo de ellas. La muerte de su hermano era culpa suya, y ésta es sin duda otra herida que esa muerte quería infligir. Sabían que no bastaría con asesinar al presidente, debían encontrar el modo de impedir que el hermano vengador fuera también tras ellos, sumiéndole en un mar de dudas y en un sentimiento de culpabilidad.

No obstante, este dardo envenenado tomaría su tiempo antes de producir su efecto debilitador. El 22 de noviembre y los días inmediatamente posteriores, Bobby Kennedy era un hombre determinado a encontrar la verdad, costara lo que costara.

Al caer la noche del día 22 de noviembre, Robert Kennedy y Guthman se dirigieron en automóvil desde Hickory Hill al Pentágono, donde Kennedy se unió al secretario de Defensa, Robert McNamara y al general Maxwell Taylor, comandante de la Junta de Jefes del Es-

tado Mayor. McNamara, el antiguo presidente de Ford Motor que había intentado reforzar el control civil del Pentágono, era el miembro del gabinete a quien más admiraban los hermanos Kennedy. A Taylor, un militar intelectual que se había apartado de sus colegas al poner en duda la ortodoxia nuclear de represalia masiva de la era Eisenhower, el Pentágono también le consideraba una imposición de los Kennedy. Bobby le pondría su nombre a uno de sus hijos. Las tensiones entre los hermanos Kennedy y la jerarquía militar no eran menos severas que las que reinaban entre los Kennedy y la CIA, y se sentían agradecidos por poder contar con McNamara y Taylor, dos presencias que imponían respeto en una cultura militar que, de otra forma, hubieran calificado de territorio hostil.

Mientras Guthman permanecía en el E-Ring, el edificio exterior en el que se encuentran los despachos de los más altos funcionarios, McNamara, Kennedy y Taylor se dirigieron al helipuerto del Pentágono y se embarcaron en un helicóptero que les trasladó a la base de la fuerza aérea de Andrews, donde esperaron en la oscuridad la llegada del avión presidencial, el *Air Force One*. McNamara afirmó que no podía recordar si aquella noche Kennedy le había comentado sus sospechas acerca de Dallas: «No recuerdo que me dijera si creía que A, o B o C lo había hecho».<sup>34</sup>

El avión presidencial que se dirigía hacia ellos aquel apesadumbrado anochecer venía cargado de sombríos pensamientos. En el compartimiento de popa, Jacqueline Kennedy cavilaba, preocupada, igual que Kenny O'Donnell que la acompañaba, junto al féretro de su marido muerto, bebiendo whisky en unos anchos y oscuros vasos, que, aunque la joven viuda nunca lo había probado antes, parecía no producir ningún efecto después de los horrores de Dealey Plaza. No le hizo caso al almirante George Burkley, el médico de la Casa Blanca, cuando intentó convencerla amablemente de que se cambiara su traje rosa de Chanel empapado de sangre. Jackie estaba cubierta de manchas rojizas, y la sangre seca de su marido se acumulaba incluso bajo su brazalete, pero se negaba a limpiarse. «No», farfulló entre dientes, «dejemos que vean lo que han hecho.»<sup>35</sup>

Esta frase se convertiría en una de las observaciones más indelebles de aquel angustioso día, desde que William Manchester lo regis-

tró en su libro *Muerte de un presidente*, uno de los libros más vendidos del año 1967. La frase se cita muy a menudo, pero en muy escasas ocasiones ha sido analizada. Igual que el «Creí que irían por mí, y no por el presidente» de Bobby, la desafiante afirmación de Jackie estaba cargada de suposiciones demasiado escalofriantes para que los periodistas o los historiadores se detuvieran en ellas. Entre el círculo más íntimo de los Kennedy se asentó la percepción de que se enfrentaban a unos «ellos» organizados, y no a un solitario desafecto y rebelde. Esto no significa que estuvieran necesariamente en lo cierto, o que sus convicciones fueran compartidas por cada uno de los miembros del núcleo central de la Nueva Frontera, sin embargo, lo cierto es que un sorprendente número de seguidores de los Kennedy llegaron a la misma desoladora conclusión que Bobby y que Jackie aquel día, y lo creyeron durante el resto de sus vidas.

Poco antes que el *Air Force One* se preparase para aterrizar, Jackie y O'Donnell decidieron que él y otros colaboradores cercanos sacarían el ataúd del avión. Jackie informó de su deseo a un adjunto militar a la Casa Blanca, el general de brigada Godfrey McHugh, «Quiero que sus amigos lo bajen del avión». Y cuando otro general llegó desde la popa del avión a decirle a O'Donnell: «El ejército está preparado para sacar el ataúd», O'Donnell replicó: «Nosotros lo sacaremos», pero al final, los militares tuvieron la última palabra. «Despejen la zona», ordenó McHugh tan pronto como el avión se detuvo. «Nos ocuparemos del ataúd.»<sup>36</sup>

Esta riña sobre la propiedad del ataúd presidencial establecería el escenario del drama más importante que se desarrollaría alrededor de la autopsia de John Fitzgerald Kennedy en el Hospital Naval de Bethesda, una autopsia que, si bien, parecía controlada por Bobby Kennedy, en representación de la familia, en realidad estaba en manos de los oficiales militares.

Bobby entró corriendo en el *Air Force One* y se precipitó hacia Jackie, rozando al pasar a Lyndon Johnson de un modo tan brusco que el nuevo presidente nunca lo olvidaría. «Quiero ver a Jackie», creyó oírle murmurar la secretaria de prensa de Lyndon B. Johnson, Liz Carpenter. «Oh, Bobby», suspiró Jackie mientras éste rodeaba con sus brazos a la viuda de su hermano manchada por la sangre de su

marido. Ése era Bobby, pensó, siempre está aquí cuando lo necesitas. Más tarde, sentados en la parte trasera de la ambulancia en dirección a Bethesda, junto al ataúd, Jackie informó a Bobby de lo que había ocurrido en las luminosas y calurosas calles de Dallas, las palabras salieron de sus labios a toda velocidad durante los veinte minutos que tardó en explicarle la súbita explosión de violencia y los caóticos momentos posteriores en el Hospital Parkland.<sup>37</sup>

Bobby también estaba ansioso por escuchar a los hombres del Servicio Secreto que habían regresado de Dallas aquella noche. En la ambulancia, Bobby abrió la partición que separaba la parte delantera de la trasera y habló con Roy Kellerman, el agente que se encontraba en el asiento delantero, junto al conductor, en la limusina del presidente en Dallas.

—Al llegar al hospital, subiré a hablar con usted —le dijo Kellerman al hermano del presidente.

—Hágalo —respondió Kennedy, y cerró la partición.<sup>38</sup>

Según Kennedy averiguaría al interrogar a Kellerman, un parsimonioso veterano del Servicio Secreto que hablaba con una voz tan suave que sus colegas le habían colocado el mote de «Gabby» (parlanchín), el agente tenía el convencimiento de que no «se trataba de un solo hombre». Kellerman explicaría más tarde a la Comisión Warren que «tienen que haber sido más de tres tiros, señores», la prueba de que había más de un tirador, y que «una lluvia de proyectiles» cayó sobre el vehículo. Después de la muerte de su marido, la viuda de Kellerman, June, afirmaría que siempre había «aceptado que existía una conspiración».<sup>39</sup>

Según una de las crónicas, el jefe de los Servicios Secretos, James Rowley, también le dijo a Bobby aquella noche que su hermano había sido abatido por un fuego cruzado de tres, tal vez cuatro, tiradores. El Servicio Secreto creía que el presidente había sido la «víctima de una poderosa organización», informó Rowley a Kennedy, aunque, el día en el que Rowley testificó ante la Comisión Warren unos meses más tarde, había cambiado de opinión, y explicó a los comisionados que creía que Oswald había asesinado al presidente él solo. Cuando el jefe del Servicio Secreto le informó de un complot organizado más poderoso que la propia Presidencia, la noche debió de ensombrecerse aún más para Bobby.<sup>40</sup>

A medida que avanzaba la autopsia de su hermano en la morgue, más abajo, Bobby y Jackie esperaban en una espantosa suite en el piso diecisiete de la torre de piedra del Hospital Naval de Bethesda. Estaban rodeados por un séquito formado ahora por McNamara, el amigo íntimo de John Kennedy, el periodista de *Newsweek*, Ben Bradlee y su esposa Tony, la hermana de Bobby, Jean Kennedy Smith, y la madre de Jackie, Janet Auchincloss. Mientras Bobby hacía una multitud de llamadas telefónicas, el grupo consolaba a la joven viuda, que todavía vestía la misma ropa de la escena del crimen. «Ahí estaba esa pobre niña, fulminada por completo, con esta terrible falda, sin decir nada, que parecía que la hubieran quemado viva», recordaría Bradlee.<sup>41</sup>

Manchester, cuyo libro sigue constituyendo la crónica clásica del drama posterior al asesinato del presidente, escribió que Bobby era «quien estaba de verdad al mando en la suite de la torre» aquella noche, asegurándose incluso que los efectos personales de su hermano fueran retirados de su dormitorio de la Casa Blanca para evitarle a Jackie una conmoción a su regreso. El retrato de Manchester de un Bobby totalmente al mando fue retomado más tarde por los críticos de Kennedy, entre ellos los periodistas Seymour Hersh y Gus Russo, que describieron al fiscal general como un febril artista del disimulo que trabajó hasta altas horas de la madrugada a fin de asegurarse de que el informe de la autopsia no incluyera ninguna evidencia de la enfermedad de Addison que padecía su hermano, o de las enfermedades venéreas crónicas que hubieran perjudicado la leyenda de John Fitzgerald Kennedy. En realidad, sin embargo, el dominio de Robert sobre los tétricos procedimientos de la morgue distaba mucho de ser completo. El representante médico de la familia, y facultativo personal de John F. Kennedy, fue expulsado de la morgue en el mismo momento en el que se inició la autopsia que duraría ocho horas, y se unió al grupo de los Kennedy en la torre. La autopsia en sí la realizaron tres forenses sin experiencia bajo la supervisión constante de un cuadro de altos mandos militares. La pequeña habitación estaba tan abarrotada de gente de uniforme, hombres del Servicio Secreto y agentes del FBI que un fotógrafo de la autopsia, un oficial de la marina, describiría la escena como un «circo de tres pistas».<sup>42</sup>

El informe producido al final, bajo esta pantalla de supervisión militar contradiría, por una parte, los descubrimientos fundamentales realizados en la sección de urgencias por los primeros cirujanos que habían examinado horas antes aquel mismo día al presidente herido de muerte, en el hospital de Parkland y, por la otra, el certificado de defunción firmado en Dallas por el Dr. Burkley. Por ejemplo, donde los doctores de Parkland habían descubierto pruebas indudables de una herida de entrada de bala en la garganta, lo que indicaba un disparo frontal, el informe de Bethesda fue alterado para concluir que se trataba de un tiro por la espalda, lo que confirmaba la teoría de que Oswald era un asesino que actuó solo, disparando por detrás.

Años más tarde, uno de los forenses de Bethesda, el Dr. Pierre Finck, testificaría en el caso llevado a los tribunales por el excéntrico fiscal Jim Garrison, el único juicio relacionado con el asesinato de Kennedy nunca celebrado, y declararía que había sido la familia Kennedy la que había impedido que él y sus colegas examinaran con detenimiento la herida en la garganta de John F. Kennedy, diseccionando el camino seguido por la bala y extrayendo los órganos del cuello. Ahora bien, los Kennedy nunca pusieron este tipo de limitaciones a la autopsia. Robert F. Kennedy, al firmar en representación de la viuda del presidente el formulario de autorización del examen post mórtem, había dejado en blanco el campo en el que se le preguntaba a la familia si deseaban imponer alguna restricción en los procedimientos. Tras un persistente interrogatorio del ayudante del fiscal del distrito en el juicio de 1969, Finck acabó por reconocer que quienes mandaban el cotarro en la abarrotada sala de la autopsia eran un general del ejército y dos almirantes, ninguno de los cuales gozaba de ninguna credencial médica. «Oh, sí, eran almirantes, y cuando uno no es más que teniente coronel del ejército, uno se limita a seguir las órdenes», finalmente declaró Finck ante el tribunal de Nueva Orleans.<sup>43</sup>

Parece dudoso que Bobby, desde las alturas de la suite del decimoséptimo piso del hospital de Bethesda, supiera que en la morgue allá abajo se estaba reescribiendo la historia del asesinato de su hermano. No obstante, realizó un último intento de tomar el control después de finalizada la autopsia, bien pasadas las tres de la madrugada-

da. Bobby tomó posesión de las muestras de los tejidos del cerebro de su hermano, y las confió al cuidado del Dr. Burkley. Con el paso de los años este gesto daría pie a oleadas de especulaciones morbosas, y hubo incluso quien llegó a sugerir que se trataba de un indicador del estado mental poco sano y deprimido de Bobby en aquel momento. Otros argumentaron que constituía una prueba más del encubrimiento de la familia en su afán de proteger el mito de Camelot. Tal vez la explicación más convincente consista en que Bobby, al sentir unas profundas sospechas quisiera desesperadamente, con la ayuda de Burkley, conservar cualquier prueba física que le parecía que podría resultar vital en una futura investigación, es decir, una que él pudiera controlar.

Los archivos telefónicos de Bobby muestran que, en el mes de febrero de 1964, también consideró la posibilidad de tomar posesión de la limusina en la que había sido abatido el presidente, y que había sido enviada a un taller de reparación de Detroit tras el asesinato, donde, según le informó la secretaria de su hermano, Evelyn Lincoln, iba a «ser restaurada» para el presidente Johnson. Tal vez el proceso de reparación, que eliminaría cualquier prueba forense, «podía ser detenido», Lincoln le explicó a Robert Kennedy, si Kennedy declaraba que quería que la limusina fuera «donada a la Biblioteca [Kennedy]». <sup>44</sup>

Tanto si Kennedy estaba decidido realmente a recoger pruebas que pudiera utilizar en una futura investigación, como si no lo estaba, lo cierto es que Burkley compartía sus sombrías especulaciones acerca de Dallas. Resulta un tanto extraño que el médico del presidente, que debería haber encabezado, cuando menos, la lista de testigos de la Comisión Warren, nunca fuera llamado a declarar, ni tampoco fuera interrogado por el Servicio Secreto o por el FBI. Tampoco se aceptó la inclusión en los archivos oficiales del certificado de defunción, que refutaba la afirmación de que la herida en la garganta de John Kennedy había sido causada por un disparo que había entrado por detrás. Respecto los investigadores del gobierno, Burkley no existía.

El Dr. Burkley, no obstante, dejó el mundo de los fantasmas por un tiempo muy breve para dejar constancia de su verdadera opinión acerca de lo que le ocurrió al presidente Kennedy. John F. Kennedy

había sido el objetivo de una conspiración, le informó el doctor por teléfono a Henry Hurt, un investigador del magnicidio que se puso en contacto con Burkley en 1982, aunque se negó a dar más explicaciones. Tras los años de silencio público mantenidos acerca de este asunto, la declaración de Burkley cayó como una bomba.<sup>45</sup>

Aquella noche en Bethesda, cuando Burkley todavía se encontraba en el depósito de cadáveres, y mientras todos los hombres engalanados seguían rondando el cadáver del presidente, O'Donnell bajó a recuperar el anillo de bodas de Jackie Kennedy, quien, en un espasmo de dolor, y después que su marido falleciera sobre la mesa de operaciones de Parkland, se lo había deslizado en el dedo. O'Donnell sabía que querría recuperarlo. Burkley insistió en subírselo él mismo. Ahí estaba ella, en la misma suite de hospital que le había reservado en los últimos días de su último y malogrado embarazo. Le entregó el anillo, mientras las palabras luchaban, incómodas, por salir de su interior. No había nada que decir, después de todo lo que habían pasado juntos aquel día. Jackie metió la mano en el bolsillo y sacó una de las rosas rojas que llevaba durante el desfile en coche, y cuyos pétalos estaban adquiriendo el mismo tono rojo vino de su traje salpicado de sangre. Inclino la cabeza, «éste es el mayor tesoro de mi vida», murmuró el leal doctor.<sup>46</sup>

Pasaban de las cuatro y media de la madrugada cuando Bobby y Jackie regresaron por fin a la Casa Blanca con el cuerpo del presidente. Bobby subió con Jackie y su madre y se aseguró de que podían irse a dormir. «Un terrible sentimiento de pérdida se apoderó de todos los que se encontraban en la habitación», recordaba el amigo de la familia Charles Spalding. «Bobby intentaba calmar a todo el mundo y hacer que se fueran a dormir.» Después le pidió a Spalding que le acompañara a la habitación Lincoln, donde él iba a dormir. Su amigo, al darse cuenta de que estaba «terriblemente inquieto» le instó a tomar un somnífero, lo que hizo, tras lo cual Spalding salió y cerró la puerta. «Todo el tiempo, había mantenido el control, y entonces le oí sollozar; decía: “¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío, por qué...?”», se derrumbó por completo, le atormentaban los sollozos y la única persona a la que

podía dirigirse era a Dios. “¿Por qué, Dios mío? ¿Cuál puede ser la razón de todo esto?”.<sup>47</sup>

Bobby se despertó tras un corto e inquieto sueño, y a las ocho de la mañana de aquel sábado ya paseaba por la zona sur de los jardines. La Casa Blanca estaba ahora abarrotada de familia, amigos y ayudantes. Entre ellos, Peter Lawford, el marido de la hermana de Bobby, Pat, y su agente, Milt Ebbins, que habían llegado en avión desde Los Ángeles la noche anterior. John F. Kennedy siempre había disfrutado con la compañía de los dos hombres de Hollywood, les sonsacaba cotilleos del mundo de la farándula y les llevaba de paseo por la Casa Blanca para jactarse de la pompa de su nueva casa. «¿Alguna vez se te había ocurrido que un día estarías en la Casa Blanca con el presidente de Estados Unidos mirando el retrato de Washington pintado por Gilbert Stuart?», le preguntó en una ocasión un maravillado presidente al agente de Hollywood.<sup>48</sup>

Ahora Ebbins visitaba una vez más la Casa Blanca para ser testigo de otra escena histórica. La cavernosa East Room, en el centro de la cual descansaba el féretro del amigo de Ebbins, sobre un catafalco modelado a semejanza del que había sostenido el cuerpo del presidente Lincoln, había sido transformada en una capilla ardiente cubierta de velos de crespón negro. Un disparatado ambiente de duelo irlandés se apoderó de la Casa Blanca. «Aquella noche nos quedamos a cenar, parecía un velatorio irlandés», recordaba Ebbins, «nadie hubiera dicho que arriba había un hombre muerto en un ataúd. Hubo risas, bromas, de todo. En un momento dado, Ethel se quitó la peluca y me la puso. Esta familia simplemente rechaza la muerte. Lloran a solas, sin compañía, creo.»

Ebbins iría más tarde a ver a Bobby, que no participó en la animada cena y se había quedado solo, sentado junto al féretro de su hermano. «Cuando entré, tenía las manos sobre el ataúd, y la cabeza agachada. Estaba llorando. Lo encontré extraño, porque Bobby nunca mostraba sus emociones.» Ebbins siempre había opinado que el más joven de los dos hermanos era «frío y reservado».

«Cada vez que nos reuníamos, él era muy amable conmigo, pero no era Jack. Jack era otra cosa, eran tan diferentes. Bobby tenía su santo grial, era un hombre con una misión igual que Jack, pero a él no

se le notaba, y aunque al final, acababas por darte cuenta, Jack nunca hablaba de ello.»

Sin embargo, Ebbins pudo observar una faceta diferente del joven Kennedy aquel fin de semana, su sufrimiento parecía bíblico.

Años más tarde, Peter Lawford le explicaría a un amigo que aquel fin de semana en la Casa Blanca, Bobby le había revelado que creía que su hermano había sido asesinado por una poderosa conspiración surgida de alguna de las operaciones secretas del gobierno contra Castro. Al parecer, Bobby les dijo a Lawford y a otros miembros de la familia que, en aquel momento, no se podía hacer nada, puesto que se enfrentaban a un enemigo formidable y que ya no controlaban el gobierno.<sup>49</sup>

Durante aquel húmedo y gris fin de semana, no dejaron de salir a relucir las tensiones entre el círculo interior de los Kennedy y el equipo de seguridad nacional que había servido al presidente. El secretario de Defensa, McNamara, que había convencido a Jackie y a Bobby de dar sepultura al cuerpo del presidente en el cementerio nacional de Arlington, en la orilla opuesta del río Potomac, frente a la capital, escoltó a grupos de amigos y familiares en cuatro ocasiones en busca de un lugar adecuado en el que enterrar a John Kennedy. (O'Donnell y la mafia irlandesa, siempre posesivos de su líder caído, presionaban con fuerza para que Jack regresara a su tierra natal de Boston.) En su segunda visita, McNamara, sin la protección de un impermeable, sombrero o paraguas, no tardó en empaparse por el chaparrón repentino que le cayó encima. Ninguno de los generales presentes, bien protegidos por su propio equipo antilluvia, llevó a cabo algún intento de ofrecer a su superior civil refugio bajo su paraguas. William Walton, el artista y amigo de la familia, a quien Jackie le había pedido ayuda en la supervisión del aspecto estético del funeral de su marido, quedó atónito por la descarada falta de respeto que mostró hacia McNamara su séquito militar.<sup>50</sup>

El empapado McNamara capeó el temporal y supervisó la elección del lugar del entierro, en lo alto de una colina, bajo la mansión rodeada de columnas blancas del general Robert E. Lee, un edificio histórico anterior a la guerra civil. Al secretario de Defensa le explicaron que éste era el mismo lugar desde donde el presidente Kennedy

había contemplado el paisaje, con ocasión de una visita guiada que realizó al cementerio de Arlington unas semanas antes de su asesinato. El joven guía que había acompañado al presidente aquel día le explicó a McNamara que Kennedy, observando el río Potomac allá abajo y el Lincoln Memorial en la lejanía, había admirado el paisaje. «El presidente comentó que era tan hermoso, que podría quedarse aquí el resto de su vida», recordaba el guía.<sup>51</sup>

El domingo por la tarde, a las 12h21, hora del este, una segunda conmoción sacudió al país desde Dallas: Lee Harvey Oswald caía asesinado a tiros, en directo y por televisión, mientras su escolta policial le conducía a los sótanos del edificio de la policía de Dallas. Su asesino, Jack Ruby, un corpulento propietario de un club nocturno, increpó a gritos a Oswald: «¡Mataste al presidente, rata!», al mismo tiempo que le disparaba un tiro mortal en el estómago; luego afirmaría estar muy alterado por el dolor que el presunto asesino le había causado a la familia Kennedy. El asesinato, no obstante, tenía todas las apariencias de ser un golpe del hampa cuyo objetivo consistía en silenciar al acusado Oswald antes de que pudiera hablar. De hecho, el ayudante de Lyndon Johnson, George Reedy, creyó, cuando de reojo vio por primera vez el tiroteo, que el canal de televisión que estaba mirando había interrumpido su cobertura de los preparativos del funeral de John F. Kennedy para pasar una vieja película de gánsteres protagonizada por Edward G. Robinson.<sup>52</sup>

La eliminación descarada, primero del presidente y después de su asesino, estremeció profundamente a los círculos de Washington. Al teléfono con Bill Walton, Agnes Meyer, la madre de la propietaria del *Washington Post*, Katharine Graham, una mujer ya mayor y de una gran franqueza, gruñó: «¿Qué es esto, una maldita república bananera?». <sup>53</sup> Incluso el ex presidente Eisenhower sintió esta misma amarga sensación. <sup>54</sup> Le recordó una visita guiada que había realizado al palacio nacional de Haití en la década de 1930, cuando era un joven comandante del ejército. Al leer las fechas en los bustos de mármol de los antiguos jefes del Estado alineados junto a la pared, le sorprendió observar que las dos terceras partes de ellos habían sido

asesinados en el cargo. Su propio país, se había dicho a sí mismo, nunca sucumbiría a este tipo de sed de sangre. Ahora, ya no estaba tan seguro.

Fue un nervioso Lyndon Johnson quien anunció a Bobby el asesinato de Oswald. El nuevo presidente recibió al sorprendido fiscal general, nada más entrar en el salón Azul de la Casa Blanca instándole a «hacer algo... tenemos que hacer algo. Está dando muy mal nombre a Estados Unidos por todo el mundo». Johnson, al predecir la reacción del mundo, había dado en el clavo: la prensa del mundo libre y del comunista por igual clamaron contra la «grotesca» demostración de Dallas, según la descripción que hizo el *Daily Herald* de Londres de los dos asesinatos consecutivos, y se preguntaba abiertamente si Oswald «había sido asesinado para impedirle hablar», en palabras de un periódico parisino.<sup>55</sup>

Ignoramos, sin embargo, el grado de sinceridad del llamamiento de Johnson a Bobby para unirse y actuar juntos. Lyndon Johnson, en este punto, seguía resistiéndose a las peticiones de organizar una investigación, ni siquiera una por decoro, al estilo de la futura Comisión Warren. Al nuevo presidente parecía preocuparle más el impacto de la debacle de Dallas sobre las relaciones públicas que su resolución legal real. En cualquier caso, Kennedy, embargado por un profundo odio hacia el hombre que de inmediato consideró un usurpador, nunca aceptó la oferta del nuevo presidente de luchar juntos a fin de resolver el misterio del 22 de noviembre. Una alianza así hubiera constituido el único modo de resolver el magnicidio. Si estas dos mitades enfrentadas del legado de Kennedy, unos antagonistas que parecían extraídos de un drama de corte de Shakespeare, hubieran sido capaces de dejar de lado su notorio desprecio mutuo, la historia hubiera sido diferente. Ahora bien, este tipo de alianza se alejaba tanto del carácter de ambos hombres que nunca llegó ni siquiera a constituir una posibilidad.

Más tarde, el domingo, Milt Ebbins, de pie junto a Peter Lawford en la sala de estar de la residencia presidencial de la Casa Blanca, miraba con incredulidad la televisión que repetía una y otra vez la escena del asesinato de Oswald: «Bobby entró, miró hacia la televisión, se acercó al aparato y lo apagó. No dijo nada, simplemente, lo apagó».<sup>56</sup>